



Universidad
Nacional
de Rosario

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Ensayo

Adicciones, ¿una cuestión de sustancias o de
sujetos?

Alumna: Chillier, María Pía

Prof. Responsable: Facciuto, Silvana

Prof.Tif: Cánaves, Agustina

Del Ponte, Javier

- 2024 -

Agradecimientos

Este ensayo es el corolario de un largo y hermoso recorrido. Agradezco infinitamente a las personas que me han acompañado durante todo este tiempo, en especial a mi familia, que siempre está al pie del cañón. A mi mamá, quien me enseñó la importancia de la perseverancia, apoyándome en todo momento, aun cuando no comprendía del todo por dónde iba la cosa, la cosa del psicoanálisis, ese lugar tan particular en el que me siento pertinente. A mi sobrina Ginita, por su constante y graciosa pregunta: "Tía, ¿cuándo te vas a recibir?"

Agradezco profundamente a mis amigxs, que, afortunadamente, son muchxs. Por soportarme en esos momentos previos a los exámenes, cuando me pongo pesada, y por darme el aliento necesario para seguir adelante. También les agradezco por ser cómplices en esos rituales neuróticos, llenos de santos, limones y monedas, que nos hacían reír y me ayudaban a sentir que todo saldría bien.

A Paula, la mejor compañera de esta última etapa, quien me esperaba siempre con mates y budín, creando ese espacio perfecto de concentración y risas. Debo confesar que gané a una hermosa amiga.

A mis profesores, especialmente a aquellos apasionados, que lograron que me enamorara aún más de esta profesión.

Finalmente, agradezco a la facultad pública y gratuita, que me brindó la oportunidad de formarme en el campo de la salud mental, un lugar que transito con el mayor de los amores.

Gracias.

Índice

Resumen.....	
1	
Introducción.....	2
Desarrollo.....	
5	
1. Del discurso capitalista.....	5
2. Adicciones, ¿una cuestión de sustancias o de sujetos?.....	9
3. El psicoanálisis, un abordaje posible.....	13
Consideraciones finales.....	16

Resumen

En la posmodernidad, el discurso capitalista se impone como discurso preponderante de la época e inscribe diversos modos de producción de subjetividad, modificando sus formas y dinámicas. El debilitamiento del Nombre-del-Padre genera consecuencias en cómo el sujeto se vincula con los otros, afecta el lazo social y define cómo se posiciona frente a la castración. En este contexto, los objetos de consumo se presentan como facilitadores de ilusiones de completud, ofreciendo sustitutos que prometen una felicidad inmediata, sin mediaciones. Estos objetos facilitan una manera rápida de lidiar con la imposibilidad que nos estructura como sujetos, es decir, la castración. Este trabajo busca, por un lado, abordar los aspectos fundamentales de la relación entre la adicción y el discurso capitalista, y cómo ambos influyen en la subjetividad contemporánea. Por otro lado, se exploran los discursos predominantes en los modos actuales de sufrimiento proponiendo un modo de abordaje clínico desde una perspectiva psicoanalítica.

Palabras clave: adicción, discurso capitalista, goce, psicoanálisis.

Introducción

En el presente ensayo, reflexionaremos y analizaremos la problemática de las adicciones en el contexto del discurso capitalista, abordándolas no sólo desde su definición estricta como enfermedad vinculada a un objeto de consumo, sino enfatizando, sobre todo, la experiencia singular del sujeto en relación con las sustancias.

A modo de introducción al tema, Lopez (2007) en su libro *Las adicciones, sus fundamentos clínicos*, sostiene:

Las adicciones se entienden como manifestaciones de conflictos inconscientes, que llevan al sujeto a buscar alivio o placer a través del consumo compulsivo de sustancias o la realización repetitiva de ciertos comportamientos aunque, a menudo, están acompañadas de sentimientos de culpa, vergüenza y malestar (p.24).

Freud (1974) sostiene que un sujeto puede generar una adicción a la hipnosis, al juego, al amor e incluso a la masturbación. La adicción no se explica por la sustancia o por el objeto al que se le otorga el placer y la satisfacción, sino por la operación inconsciente que las determina. Siguiendo este orden de ideas, los efectos nocivos de una sustancia, o del objeto al que se fija la adicción, dependen de un factor subjetivo o del contexto simbólico más que de su propiedad estrictamente química. En este sentido, Lopez (2007) sostiene que no se define a un sujeto por la adicción sino por la estructura inconsciente en donde la droga es un efecto y no una causa.

Por otro lado y, en convergencia con lo anteriormente expuesto, tomamos el

discurso capitalista desarrollado por Jaques Lacan (2002). Este describe un sistema que niega la falta y promueve la ilusión de una satisfacción sin límites, exacerbando así las dinámicas de consumo y adicción. Los sujetos se ven obligados a adaptarse a las normas y expectativas impuestas por el sistema dominante, imperativos que tienen a la eficacia, rapidez y felicidad como premisa fundamental. Jacques Alain Miller (2006) postula que en la época actual hay un predominio del plus de gozar sobre el ideal, un imperativo de goce del mercado que ordena a consumir, prometiendo una completa satisfacción y dando lugar a relaciones adictivas de los sujetos con los objetos. En este sentido, Reyes (2001) subraya que el discurso capitalista crea un vacío normativo que conlleva a la caída del Otro como lugar de identificación. Este vacío normativo promueve el axioma del *todo vale*, el cual opera desde el rechazo a la castración. El sujeto se refugia en una satisfacción autoerótica, lo que lo aísla cada vez más. El rechazo de la castración, al promover la producción de objetos capaces de colmar la falta crea una ilusión que impulsa a su consumición al mismo tiempo que consume al sujeto mismo.

Abordamos el presente ensayo desde una perspectiva psicoanalítica, poniendo énfasis en los conceptos más relevantes que Freud desarrolla a lo largo de su obra. Si bien él no escribe específicamente sobre las adicciones, en su teoría se pueden rastrear algunas conceptualizaciones acerca de la misma. La novedad de su enfoque está en que la adicción no trata de buscar la felicidad en sí, sino de evitar el displacer, siendo para esto la sustancia un *quita penas*.

Freud (1996) en "Pulsiones y destinos de Pulsión", habla de la pulsión como una fuerza constante del aparato psíquico que busca satisfacerse. En la segunda teoría pulsional formulada en "Más allá del principio del placer" (Freud, 1985) conceptualiza la pulsión de muerte en oposición a la pulsión de vida. Pulsión de muerte como aquello que busca volver al estado inorgánico inicial y que se enlaza al concepto de compulsión a la repetición, siendo esto algo que se produce una y otra vez de forma inevitable produciendo un goce paradójico de la satisfacción en el dolor. Más adelante, en "El malestar de la cultura" (Freud, 1974), establece que lo que moviliza al ser humano a actuar es la búsqueda de la felicidad, con el fin de evadir el dolor promoviendo sensaciones placenteras. De esta manera, muestra los vaivenes de la condición humana y la importancia de un remedio para tratarlos.

2

Tomamos a Lacan como otro autor de referencia quien deja elementos conceptuales y clínicos de gran valor para la comprensión psicoanalítica de las adicciones como, así también, trabajamos con lo elaborado por él en relación al discurso capitalista. Sigue en la misma línea que Freud al plantear que la toxicomanía representa una salida en falso de los callejones sin salida tanto del deseo como de las satisfacciones humanas, una salida ilusoria que promete al sujeto hacer soportable la realidad.

Lacan (2002) en "Acerca de la causalidad psíquica", aborda el complejo de destete y el trauma del nacimiento, y discute cómo estos están relacionados con la adicción. Con respecto al primero, dice que es un trauma no elaborado mientras que respecto del segundo, habla de una pérdida estructural.

La teoría de Lacan no queda encapsulada en el complejo oral, sino que se enuncia bajo la forma de la muerte cuya importancia se rescata en el complejo de castración. Para él existe una salida a este complejo: la simbolización de la pérdida mediante el juego, esto es, la transposición al lenguaje de una realidad inabordable (López, 2007, p.35).

López (2007) sostiene que habiendo una falla en este proceso, el sujeto busca una identificación con el goce perdido y una de las formas en que aparece es precisamente con el consumo de sustancias tóxicas.

Lacan (2002) describe el discurso capitalista como un discurso astuto que impone la no aceptación de la castración del sujeto. En este discurso, se transmite la idea de que *todo es posible*, no hay límites, la falla no existe, y el sistema se presenta como idealmente funcional. Los sujetos viven con la promesa de que el goce es posible a través del consumo, lo que interrumpe el lazo social y los objetiviza. Este discurso del *todo es posible* busca minimizar el dolor, la tristeza, la angustia y el malestar del sujeto, al punto de eludirlos, para responder a su propio mandato: el de la felicidad. En este contexto, podemos considerar que las drogas como objetos no escapan a las leyes del mercado. Lacan (2002) en sus trabajos sobre el discurso capitalista, utiliza el término *letosas* para referirse a aquellos objetos de goce que el mercado produce.

López (2007) desarrolla los modos en que ciertos objetos, como las drogas, pueden estar relacionados con el goce, entendido éste como el intento constante de superar los límites del principio de placer. A pesar de ser una fuente de sufrimiento, el sujeto nunca abandona por completo esta búsqueda. Plantea la tensión entre lo intolerable y lo indecible, y el borramiento del sujeto en un contexto donde la diferencia parece insoportable. El sujeto deja de lado lo más propio, su singularidad y deseo que se encuentran refrenados por el sentido y las consecuencias del decir.

Para abordar el tema propuesto, estructuramos el ensayo en tres apartados. El primero se centra en el discurso capitalista, que es el discurso preponderante en la sociedad contemporánea y nos interpela en diversos aspectos. Nos preguntamos sobre la dinámica de consumo que este discurso promueve. ¿Es realmente todo posible dentro de esta lógica? ¿Cómo afecta a los lazos sociales? ¿Cuál es la auténtica demanda que impulsa el mercado?. En el siguiente apartado, profundizamos en el tema de las adicciones, explorando el papel del debilitamiento o inconsistencia de la metáfora paterna en su desarrollo. Cuando hablamos del concepto de goce en el contexto de la adicción, ¿a qué nos estamos refiriendo? ¿Cómo influye la carencia de un límite simbólico en el surgimiento y perpetuación de las adicciones? Finalmente, en el tercer apartado, abordamos la propuesta del discurso analítico como una apuesta, como una política y como una ética. ¿Por qué consideramos que el psicoanálisis es una práctica relevante para el tratamiento de las adicciones? Exploramos desarrollos teóricos y metodológicos para respaldar esta afirmación y dar cuenta de cómo el psicoanálisis puede contribuir al abordaje de las adicciones desde una perspectiva más profunda.

En resumen, el objetivo de este ensayo sobre la problemática de las adicciones en el contexto del discurso capitalista es ofrecer un recorrido original que aporte nuevas ideas, lecturas y plantee nuevos interrogantes sobre el tema. Aunque existe una abundante bibliografía al respecto, nuestro interés prioritario es desarrollar un enfoque

1. Del discurso capitalista

“¡No sé lo que quiero, pero lo quiero ya!”
Sumo

Los discursos, como narrativas que atraviesan una civilización en un momento determinado, ejercen efectos significativos y moldean las producciones subjetivas de una época. Cuando estos discursos están instituidos y legitimados, actúan como fuerzas instituyentes y tienden a volverse invisibles en la experiencia cotidiana. En particular, el discurso capitalista se distingue por su oposición al lazo social, privilegiando la relación directa entre el sujeto y los objetos del mercado. El debilitamiento del orden simbólico surge como una consecuencia inevitable en una cultura caracterizada por una oferta desbordante y una saturación de mensajes que promueven el consumo constante. En este escenario, el mercado de productos de consumo emerge como una fuerza dominante, ofreciendo ilusiones de plenitud y proporcionando una satisfacción temporal y superficial a un vacío que se presenta como intolerable.

En *El Seminario. El reverso del psicoanálisis*. 17, Lacan (2002) define el discurso como una estructura esencial que establece relaciones específicas entre cuatro elementos: S1, S2, a, y el sujeto. En función de esto, formula cuatro discursos: el discurso universitario, el discurso del amo o maestro, el discurso histérico y el discurso del analista. Para comprenderlos, es fundamental mencionar los cuatro lugares (agente, verdad, otro y producción) a través de los cuales los elementos del discurso (S1, S2, \$, a) rotan en una secuencia fija de un cuarto de vuelta. Cada uno de estos cuatro discursos refleja una modalidad particular de vínculo que el sujeto puede establecer con el Otro. El discurso capitalista es una evolución contemporánea del discurso del amo. Lacan (2002) destaca cómo la inversión de los lugares en el discurso se produce cuando el signo de la verdad cambia de posición. Ya no es el poder directo del amo lo que define la verdad, sino el proceso de producción, consumo, y acumulación de capital. En este contexto, el esclavo antiguo es reemplazado por la sociedad de consumo, transformándose en un producto del saber moderno. Lacan (2002) sostiene que el discurso del amo antiguo hasta el del amo moderno, que llamamos capitalista, es una modificación en el lugar de saber. El signo de la verdad está ahora en otra parte. Debe ser sustituido por lo que reemplaza al esclavo antiguo, es decir, por quienes son, ellos mismos, productos, tan consumibles como los otros.

Tomamos lo planteado por López (2007), al decir que el discurso capitalista, impacta profundamente y establece nuevos modos de producción de subjetividad. El debilitamiento de la función paterna deja su marca en la relación del sujeto con los demás, en el lazo social y en la solución posible a la castración. El mercado de objetos de consumo se impone, ofreciendo ilusiones de completud y proporcionando una sustancia efímera y desechable en pos de colmar ilusoriamente ese vacío que angustia y deja al sujeto sin palabras.

Para seguir desarrollando esta temática, recurrimos a las ideas de María Teresa Reyes (2001) en su texto “El discurso actual y las respuestas del psicoanálisis”, para examinar cómo se evidencia la decadencia del semblante en el esquema propuesto por el discurso capitalista. Este discurso funciona con un saber que trabaja en la producción de objetos de goce, pero con la particularidad de que dicho saber no es comandado por el significante amo (S1) como ocurre en el discurso amo, sino por el mercado mismo, que se configura como nuevo amo. El saber no se enlaza con un ideal normativo, sino más bien con un vacío normativo que surge de la supremacía de la ley del mercado, caracterizada por sus amplias libertades y su falta de regulación. Este vacío normativo conlleva la desaparición del Otro como punto de referencia identificadorio y promueve la premisa de *todo vale, todo se puede*, que surge como rechazo a la castración (Reyes, 2001). De esta manera, el sujeto busca refugio en una satisfacción autoerótica, lo que lo

aleja cada vez más de los demás. Este rechazo a la castración lo lleva a colmarse de objetos diseñados para supuestamente llenar esa falta, creando una ilusión que alimenta su consumo, al mismo tiempo que consume al propio sujeto.

Nos apoyamos en los aportes del sociólogo Zygmunt Bauman (2002), en su obra *Modernidad líquida* para analizar sus reflexiones sobre la sociedad capitalista. Este autor explora los atributos de la sociedad capitalista que han perdurado y aquellos que han cambiado. Se enfoca en destacar los aspectos que eran apenas visibles en las primeras etapas de acumulación, de rendimiento y consumo pero que se vuelven predominantes en la fase tardía de la modernidad. Una de estas características es el individualismo, que define nuestras relaciones y las hace precarias, transitorias y volátiles.

Bauman (2002) intenta dar cuenta de la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, marcada por la transitoriedad y volatilidad de sus relaciones. Este individualismo no solo afecta las relaciones personales, sino que también se refleja en la manera en que interactuamos en el ámbito laboral, en la comunidad y en la esfera pública. El concepto de amor líquido describe cómo las relaciones amorosas se vuelven más frágiles y temporales, comparadas con el pasado donde los compromisos a largo plazo eran la norma. Vivimos en una sociedad líquida, siempre cambiante y cada vez más imprevisible. Esta fluidez también se manifiesta en la economía, donde los mercados financieros son extremadamente veloces y las oportunidades laborales son cada vez más temporales y fragmentadas. En este contexto, los individuos deben adaptarse constantemente a nuevas circunstancias, lo que genera una sensación de incertidumbre y ansiedad. La fluidez ha traspasado el ámbito de la metáfora y se ha convertido en una realidad cotidiana. Los empleos ya no ofrecen la seguridad de antes y las carreras profesionales suelen estar marcadas por la movilidad constante y la necesidad de reinventarse. Del mismo modo, las amistades y las relaciones familiares también se ven afectadas por esta inestabilidad, donde las conexiones pueden ser efímeras y basadas en conveniencias temporales.

Para concluir con lo planteado por Bauman (2002) en *Modernidad líquida*, este autor señala que la sociedad líquida contribuye a una cultura del consumo donde las identidades se construyen y reconstruyen a través de la adquisición de bienes y experiencias efímeras. La publicidad y los medios de comunicación juegan un papel crucial en fomentar una mentalidad de consumo constante, alimentando la idea de que la felicidad y el éxito están vinculados a la posesión de objetos y al cumplimiento de deseos inmediatos.

Para ampliar la idea de lo expuesto, integramos los conceptos del filósofo norcoreano Byung-Chul Han (2013) sobre el discurso capitalista y su impacto en la sociedad contemporánea. Este autor afirma que el capitalismo absolutiza la mera vida. Su fin no es la vida buena. Su compulsión se dirige precisamente contra la muerte, que se le presenta como pérdida absoluta. Esto argumenta que el discurso capitalista niega la imposibilidad, promoviendo la idea de que todo, incluso el paso del tiempo y la muerte, es evitable. En este contexto, la castración simbólica está negada.

Este marco discursivo tiene profundas implicaciones en la forma en que las normas se cumplen o se ignoran, afectando directamente la práctica clínica y dando lugar a lo que hoy conocemos como patologías actuales, tales como adicciones, anorexias, bulimias, entre otras. Además, Han (2013) analiza cómo la sociedad contemporánea está regida por el mandato de ser exitosos, identificando este imperativo como la causa de dos grandes enfermedades de la época: la depresión y la manía. De este modo, aquellos que caen en la depresión son los marginados del discurso capitalista, es decir, quienes no pueden acceder a las reglas del juego dominantes en la sociedad. Estos individuos no logran obtener los objetos de consumo ni alcanzar los ideales impuestos como relevantes, quedando excluidos del sistema que promueve una constante competencia

por el éxito. Por otro lado, quienes se sitúan del lado de la manía son aquellos que, en su afán por alcanzar el éxito, empiezan a prescindir de otros aspectos importantes de la vida, dedicándose exclusivamente a cumplir con las expectativas capitalistas de productividad y rendimiento.

6

Han (2013) añade que el capitalismo agudiza el proceso pornográfico de la sociedad en cuanto lo expone todo como mercancía y lo entrega a la hiper visibilidad. Esto implica que, bajo el capitalismo, todo se convierte en un objeto de consumo expuesto al escrutinio público, exacerbando la presión sobre los individuos para conformarse con ideales superficiales y consumistas.

Por último, en el libro *La sociedad del cansancio*, Han (2010), postula que el imperativo de rendimiento y el consumo ilimitado que impone el capitalismo empuja a los individuos a una autoexplotación constante, generando una ansiedad y una necesidad de gratificación inmediata que son terreno fértil para las adicciones. Este autor sostiene la idea de que la presión para alcanzar el éxito y la competitividad generan un aislamiento emocional y social, donde las personas buscan refugio en comportamientos adictivos como una forma de escapismo o autocompensación. La búsqueda de consuelo en sustancias, tecnología, compras o incluso en el trabajo excesivo se convierte en una respuesta a la alienación y la presión del entorno capitalista.

Para finalizar con este apartado, nos servimos de los desarrollos de Silvia Bleichmar (2010), para reflexionar sobre el sujeto atravesado por la ideología del mercado. Esta autora argumenta que el discurso, entendido como el efecto de la inscripción que el otro humano produce en las coagulaciones discursivas, define lo que *soy*, lo que *no soy*, lo que *debo ser* y lo que *no debo ser*. Esta definición no surge del propio sistema deseante del sujeto, sino del modo en que la cultura de pertenencia determina los modos de producción de subjetividad.

En este contexto, Bleichmar (2010) sostiene que la ideología del mercado desempeña un papel central al moldear las expectativas y las normas sociales. La cultura de pertenencia, influenciada por el discurso capitalista, impone valores y metas que priorizan la eficiencia, el consumo y la competencia. Así, los sujetos son constantemente interpelados por estas demandas, internalizando un conjunto de mandatos que configuran su identidad y sus aspiraciones. Por ejemplo, en una sociedad de mercado, el éxito se mide a menudo en términos de logro material y estatus económico. Los sujetos se ven compelidos a conformarse a estos ideales, buscando continuamente mejorar su posición social y económica. Esto puede generar una profunda sensación de alienación y presión, ya que los sujetos intentan cumplir con expectativas externas que no necesariamente coinciden con sus deseos y necesidades internas.

Además, Bleichmar (2010) nos invita a considerar cómo la cultura define lo que *no debo ser*. Este aspecto negativo del discurso cultural actúa como un mecanismo de exclusión, marginando a aquellos que no se ajustan a las normas hegemónicas. En una sociedad donde el mercado dicta las reglas del juego, aquellos que no logran alcanzar los estándares de éxito o consumo pueden sentirse desvalorizados y estigmatizados. La producción de subjetividad, entonces, está íntimamente ligada a la ideología dominante. La cultura de pertenencia no solo ofrece modelos de identificación positiva, sino que también establece límites y prohibiciones, configurando un campo de posibilidades y restricciones dentro del cual los sujetos deben navegar. Esto significa que la identidad y la subjetividad son construcciones dinámicas, siempre en proceso de negociación con las fuerzas culturales y sociales en juego.

Bleichmar (2002) analiza las adicciones dentro del marco de la cultura de consumo moderna. En una sociedad que prioriza el consumo y la gratificación instantánea, las adicciones pueden interpretarse como una respuesta a la presión para conformarse y tener éxito. La ideología del mercado, que incentiva el consumo sin límites

y la satisfacción inmediata, agrava las tendencias adictivas. Estas adicciones representan un intento de llenar un vacío existencial, originado por la falta de sentido, la alienación o la desconexión que muchas personas sienten en la sociedad consumista. Así, las sustancias o comportamientos adictivos se convierten en medios para buscar alivio o escapar de este vacío.

Para concluir, reflexionamos sobre cómo la subjetividad contemporánea ha evolucionado frente a las dinámicas de nuestra época, en donde la felicidad inmediata y el goce instantáneo son valores predominantes, la búsqueda constante de satisfacción

7

personal se ha vuelto omnipresente. La posmodernidad, al carecer de límites claros, fomenta el goce a través de relatos fragmentados que evitan la construcción de lazos sociales significativos y prescinden del gran Otro, priorizando lo autorreferencial. En este contexto, fenómenos como la anorexia, la bulimia y las toxicomanías emergen como manifestaciones del malestar subjetivo marcados por la época. Estas patologías reflejan una compulsión que lleva al sujeto a un mutismo, sumido en un goce ensimismado y difícil de simbolizar. La falta de límites y la constante presión por alcanzar una felicidad inmediata contribuyen a la aparición de estos modos de sufrimiento, evidenciando la profunda transformación de la subjetividad en la era posmoderna.

2. Adicciones, ¿una cuestión de sustancias o de sujetos?

“¡Éxtasis, todo el mundo quiere éxtasis!
Un misterio de amor, una forma de ser feliz...”
Charly García

Freud (1974) en “El malestar en la cultura”, describe lo difícil que puede resultar

para el sujeto la vida y sus restricciones, y argumenta:

La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Nos impone normas necesarias para regular los vínculos recíprocos entre los hombres. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes. Los hay quizá de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valorar un poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas (p.75).

Freud (1974) nos dice que el malestar es una parte ineludible y constitutiva de la existencia humana, un precio que debemos pagar para humanizarnos y participar en la cultura. Es importante reconocer los métodos que utilizan los sujetos para hacer la vida más llevadera cuando la encuentran demasiado pesada. Habla de las satisfacciones sustitutivas y menciona especialmente los narcóticos, el amor, la religión, el delirio y la sublimación. En cuanto a los narcóticos, advierte que el riesgo principal es que pueden llevar a romper el lazo con la realidad y evadirse de ella. El uso de tóxicos ha sido una constante en la vida humana, como una forma de intentar anular el dolor de existir. El precio de vivir en la cultura implica reprimir la satisfacción de ciertas pulsiones.

Para comenzar el desarrollo de este apartado, tomamos el concepto de síntoma propuesto por Freud (1974), como una formación de compromiso que intenta dar cuenta de un conflicto inconsciente. Es una solución que el sujeto encuentra para lidiar con un deseo reprimido y, al mismo tiempo, con la prohibición de satisfacerlo. En este sentido, el síntoma tiene una función simbólica y representa un intento de equilibrio entre el deseo y la represión. Así, el síntoma pone en evidencia un decir sin palabras, una verdad singular de cada sujeto.

Por su parte, Lacan (2013) afirma que el síntoma tiene como función ocultar un deseo reprimido, presentándose como una metáfora. El síntoma actúa como una palabra silenciada, deformada y transformada, que busca ser recuperada a través del desciframiento de su forma metafórica y su devenir metonímico en una incesante búsqueda de satisfacción. Inicialmente, esta verdad se presenta como un significante reprimido, como un capítulo tachado o arrancado de un texto. Más adelante, en el libro *Radiofonía & Televisión*, Lacan (1977) revisa este concepto y postula que la verdad ya no se entiende como un significante reprimido, sino como algo que queda inevitablemente excluido de toda articulación significativa. Es decir, aquello que no puede ser dicho cuando se habla y que excede todo saber. Se articulan así síntoma y verdad: el primero vehiculiza una verdad poniendo en evidencia un saber reprimido y a la vez aquello que excede todo saber. El síntoma, en su opacidad, encarna una verdad que contiene todo un sentido gozoso para el sujeto, por eso también pasa a ser lo que se opone a todo intento de saber.

En las adicciones el síntoma falla porque no se metaforiza corporalmente como un deseo reprimido. Es una conducta que el sujeto lleva a cabo, una acción que se realiza fuera del cuerpo. Entonces, surge la pregunta: ¿qué tipo de goce encuentra el sujeto en esta conducta? ¿Cuál es la verdad que subyace en el sujeto que consume tóxicos? El sujeto introduce drogas o tóxicos en su cuerpo de manera voluntaria, lo que evidencia un fracaso del síntoma y la dificultad de expresar plenamente su palabra. Esta palabra permanece muda, ya que el sujeto tampoco explica el motivo de su consumo. Es un tiempo en el cual la palabra pierde valor, el síntoma no logra estructurarse o ser

procesado, y se reduce a la dimensión del acto. De esta manera, el sujeto actúa lo que no puede poner en palabras.

Para desarrollar lo expuesto, tomamos lo que Reyes (2011) sitúa en las patologías actuales, como las adicciones, la anorexia y la bulimia, en un contexto que

inevitablemente nos lleva a considerar la noción de angustia que Lacan (2006) elabora en *El Seminario. La Angustia*. 10. Tanto el pasaje al acto como el acting out son respuestas del sujeto ante la angustia. Sin embargo, estas respuestas se caracterizan por manifestarse a través de acciones, en lugar de estructurarse como síntomas. A diferencia del acto, el síntoma permite al sujeto mediatizar el deseo y tramitar la angustia. Cuando el sujeto actúa, está atrapado en una compulsión a repetir aquello que no se refleja en el relato.

Reyes (2011) plantea que el pasaje al acto y el acting out escapan a la lógica simbólica y ponen en juego lo que no puede ser dicho. Como comportamientos, son interpretables y representan dos modalidades de lo impronunciable, permitiendo reflexionar sobre la clínica de lo real. El pasaje al acto es una respuesta no fantasmática a la angustia, el acto de arrojarse fuera de la escena. El sujeto queda identificado con el objeto (a) en su función de desecho, frente a un Otro que se presenta como absoluto, sin barrar, solidificado y sin dejar espacio para que el sujeto emerja y se constituya. El pasaje al acto entraña una disolución del sujeto que, por un momento, se convierte en puro objeto. Podemos decir que es un exterminio silencioso del sujeto ante su dolor o dificultad de existir, un no poder separarse del Otro sino a costa de su propia muerte. Las drogas se presentan como una vía de escape que aparta al sujeto del lenguaje, ofreciéndole una realidad más soportable, aunque solo sea temporalmente.

Por otro lado, el acting out es algo que el sujeto muestra porque siempre está orientado hacia el Otro y bajo su mirada. La escena que construye el acting out es la de mostrarse como resto, no de serlo, como ocurre en el pasaje al acto. Lo que está fuera (out) es su salida de la cadena discursiva, poniendo en juego aquello que no puede ser dicho. El acting out demanda la presencia del Otro.

Otra autora de referencia que tomamos es Sylvie Le Poulichet (2012), quien utiliza el término *operación del farmakón* para describir las actuaciones a las que recurre el sujeto que consume tóxicos, esos montajes cuyo objetivo es sostener las llamadas *formaciones narcisistas*. A diferencia de las *formaciones del inconsciente*, estas *formaciones narcisistas* mantienen un equilibrio precario del ego, permitiendo al sujeto imaginarse como un ser completo, sin falta ni división. A diferencia del síntoma, que revela la escisión subjetiva, estas actuaciones buscan dar forma y consistencia a un Yo Ideal que intenta paliar la amenaza de algo intolerable.

Siguiendo los lineamientos de Le Poulichet (2012) en *Toxicomanía y Psicoanálisis*, la autora argumenta que lo que evidencia los montajes de un sujeto que consume tóxicos, es lo insoportable de la castración, que lo pone en peligro y frente a lo cual no encuentra defensa. Estas estrategias que el sujeto emplea para lidiar con esta amenaza se conocen como toxicomanías de la suplencia y del suplemento.

Las toxicomanías de suplencia reflejan una insuficiente inscripción del cuerpo en el lenguaje. El sujeto que consume tóxicos se ocupa de mantener el funcionamiento de la máquina, transformando su cuerpo en un objeto desubjetivado, despojado de enigmas. Este cuerpo, tratado químicamente como en un laboratorio, opera bajo la lógica de la autoconservación. La instancia simbólica se derrumba, y el cuidado del cuerpo se convierte en una tarea puramente funcional. La suplencia narcisista surge ante la insuficiencia del padre como portador de la ley, es decir, como un Otro que debería garantizar un revestimiento significativo del cuerpo. Así es como los tóxicos aparecen para suplir esta labilidad del Significante Nombre-del-Padre. Las suplencias actúan como mecanismos que intentan sostener al sujeto ante la angustia, proporcionando una especie de equilibrio precario que, sin embargo, no logra abordar la raíz del conflicto inconsciente. Le Poulichet (2012), argumenta que estas suplencias son formas en que el sujeto intenta manejar lo real de una manera que evite la confrontación directa con el

trauma de la castración, desviando así su sufrimiento hacia conductas adictivas o compulsivas.

En otros casos, Le Poulichet (2012) plantea que la *operación del farmakón* cumple una función de suplemento narcisista, completando fálicamente al sujeto en su imagen ideal. Esto permite una suspensión del deseo mediante el taponamiento de la falta. La propia castración se vuelve intolerable, y el sujeto utiliza este suplemento para protegerse narcisísticamente. Esta formación también puede encontrarse en contextos depresivos o como una estrategia para amortiguar el dolor de un duelo. Tanto la toxicomanía como la depresión resultan ser formas paradójicas de autoconservación, y en ocasiones, la primera puede reemplazar a la segunda.

Le Poulichet (2012), en *Toxicomanías y Psicoanálisis*, explica que la *operación del farmakon* no busca crear categorías diagnósticas con las toxicomanías de suplencia y de suplemento, sino ofrecer maneras de pensar el consumo de sustancias y tóxicos. Estas dos formas pueden coexistir en un mismo sujeto y sirven para orientar al analista, permitiéndole comprender el papel que la sustancia ocupa en la vida de éste.

Para seguir desarrollando este apartado, consideramos que es importante incluir una breve referencia a la forma en que se aborda el concepto de goce en la enseñanza de Lacan. Dada la complejidad teórica que rodea a este término, es necesario delimitar aquello que será útil para el enfoque que proponemos. En *El Seminario. Aún. 20*, Lacan (1999) plantea lo siguiente: ¿Qué es el goce? Aquí se reduce a no ser más que una instancia negativa. El goce es aquello que no sirve para nada. Nada obliga a nadie a gozar, salvo el superyó. El superyó es el imperativo del goce que dice : Goza!

Los aportes de Miller (1986), nos permiten hacer una distinción fundamental entre deseo y goce. Mientras que el deseo se caracteriza por ser una función fundamentada en el axioma de Lacan (2013): *El deseo es el deseo del Otro*, lo que lo convierte en una función dialéctica con el Otro implicado desde el inicio en su constitución. El goce, por el contrario, no es una función dialéctica, al menos desde el vamos, es esto lo que determina que su manejo, práctico y teórico, sean tan complejos. En efecto, el goce se localiza en el cuerpo y sólo un cuerpo puede o no gozar. El goce está evacuado de la estructura significativa, es decir, del campo de lo simbólico, y por lo tanto, sólo adquiere su peso por estar evacuado de ese campo del Otro.

En este sentido, Laura Ciancaglini (2018) plantea que al afirmar que la droga es para el sujeto que consume tóxicos un objeto de goce, también estamos cuestionando su papel como objeto causa del deseo. Esto implica que la droga no se relaciona con el sujeto de la palabra, sino con el sujeto del goce, ya que permite un goce que no requiere atravesar el campo del Otro. Por lo tanto, la droga no actúa como causa del deseo, sino del goce; se convierte en un objeto de demanda urgente y coincide con la pulsión de muerte en la cancelación del Otro. Es decir, la droga ofrece un acceso directo al goce, en el cual el cuerpo del Otro no interviene de ninguna manera. El goce se sitúa más allá del principio del placer, manifestándose como una satisfacción desmesurada que desemboca en la pulsión de muerte. Lo mortífero del goce es aquella caída por la desmesura y lo innombrable que aleja al sujeto de la dialéctica del deseo.

Para finalizar este apartado y de acuerdo con lo expuesto, podemos concluir que el uso de sustancias tóxicas representa una búsqueda desesperada del sujeto por aliviar el malestar inherente a la vida, una insatisfacción que surge de las restricciones que la cultura y el principio de realidad imponen sobre el sujeto, como lo describe Freud (1974). Sin embargo, esta búsqueda lleva a un goce que se sitúa más allá del principio de placer y se vincula con la pulsión de muerte. A diferencia del deseo, que implica una relación dialéctica con el Otro, el goce se manifiesta en las adicciones de manera directa y sin mediación simbólica.

En “El malestar en la cultura”, Freud (1974) señala:

No sólo se les debe a las sustancias embriagadoras la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien

se sabe que con ayuda de los *quita penas* es posible sustraerse en cualquier momento de

11

la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación” (p.78).

El consumo de tóxicos tiene el poder de borrar al sujeto no solo en su carácter discursivo, sino también aniquilando, borrando o disolviendo las huellas dejadas por el lenguaje.

Concluimos con una cita que, de manera poética, describe cómo un sujeto atraviesa profundas transformaciones tras el consumo de drogas y su caída, revelando las complejidades y contradicciones que definen la existencia humana:

Lo terrible es retornar al mundo donde su mismidad es lacerante, lo cotidiano se muestra bajo un rostro lleno de cicatrices y máscaras ridículas, las legalidades aparecen desenmascaradas en sus falsas morales, la soledad del regreso se enfrenta a la comedia de la ciudad y sus conglomerados. Aparece el vacío y junto a él la violencia de lo absurdo de la vida. La verdad de lo que el ser es, no deja de golpear la existencia del viajero, lo familiar resulta extraño, y lo extraño un nuevo elemento de lo cotidiano. Así el retorno del éxtasis, del exceso, tensa el mundo familiar y lo empuja a un territorio donde la extrañeza ocupa una posición singular de arlequín peligroso (Morales, 1998, p.15).

3. El psicoanálisis, un abordaje posible.

“Te invito a que demos una vuelta
y entiendas eso que me tiene cautivo.
Mirá los demonios que habitan mi cuarto
con los que día a día convivo”.
Wos-Mollo

En este apartado, nos interrogamos sobre el lugar que ocupa la práctica psicoanalítica en la comprensión e intervención de las adicciones. ¿Es posible abordar esta problemática desde un enfoque psicoanalítico sin comprometer los principios clínicos y éticos de nuestra práctica? Muchas veces, ante fenómenos de adicción, el analista puede sentir la tentación de precipitarse en la interpretación y posicionarse en el lugar del saber. El imaginario colectivo en torno a las adicciones, junto con la urgencia que frecuentemente acompaña la demanda de tratamiento, pueden contribuir a esta

precipitación.

Con el tiempo, se han desarrollado diversas formas de abordar las adicciones. Por un lado, existen terapias que centran su intervención en que el sujeto logre una identificación con el objeto de su adicción, trabajando en función de la abstinencia o el control del consumo. Estas terapias enfocan su atención en el objeto externo, es decir, la sustancia misma.

Por otro lado, la clínica psicoanalítica se caracteriza por el intento de ir más allá del tóxico, buscando explorar las raíces inconscientes que subyacen en la relación del sujeto con la sustancia. Desde esta perspectiva, el consumo problemático no se aborda simplemente como un problema de comportamiento o de identificación con un objeto, sino como una manifestación de conflictos y deseos inconscientes que encuentran en la adicción una vía de expresión.

Para comenzar con el desarrollo de este apartado nos parece pertinente preguntarnos por la abstinencia: ¿Se encuentra del lado del paciente o del analista? En la actualidad, existen tratamientos de rehabilitación que requieren que los sujetos se abstengan de consumir tóxicos de manera estricta como condición para ingresar al programa. Estos tratamientos se basan en el paradigma abstencionista, que considera que la causa de la adicción radica en la droga misma. El objetivo principal de este enfoque es lograr el cese del consumo y, desde allí, se mide el éxito del tratamiento. Las instituciones que operan bajo este modelo buscan desintoxicar al sujeto, eliminando el objeto de la adicción, visto como la causa del problema. Con respecto a esto, Freud (1972) advertía sobre el error de usar métodos compulsivos e instituciones cerradas: “Las curas de abstinencia tendrán un éxito sólo aparente, si el médico se conforma con sustraer la sustancia narcótica, sin cuidar la fuente de la cual brota la imperativa necesidad de aquella” (p. 268).

Gerardo Réquíz (2000) en su seminario *La perspectiva psicoanalítica de las adicciones*, plantea que las psicoterapias como las conductivas-conductuales, operan desde la abstinencia del tóxico y desde la lógica de la identificación. La identificación consistiría en decir, por ejemplo, *soy adicto*, *soy alcohólico*, etc. Con estas identificaciones lo que se pretende es una corroboración de que todo su malestar se debe al tóxico, que aparece como algo demoníaco de lo cual el sujeto nada sabe y con lo que nada puede hacer. Estas identificaciones dejan de lado lo más propio del sujeto, quitando toda posibilidad de simbolizar su malestar mediante la palabra y obturando toda chance de desplegarse como sujeto deseante.

Como ejemplos, podemos tomar a Instituciones como Alcohólicos Anónimos o Narcóticos Anónimos donde trabajan a partir de la premisa de la identificación, que implica internalizar algo externo. Estos grupos, le piden a sus miembros renunciar al objeto de su adicción y, a través del proceso de abstinencia, fomentan una identificación

en la que los sujetos se reconocen a sí mismos como adictos o alcohólicos, con el objetivo de evitar recaer en el consumo. Esta identificación busca detener el consumo al sustituir un objeto por un significante. Requíz (2000) sostiene que la relación del sujeto con la droga, es una relación directa en donde la palabra queda por fuera. Con la droga, el sujeto organiza su vida y “despoja al objeto de significaciones hasta dejarlo vaciado de sentido” (p. 20).

Por el contrario a estas terapias, la práctica psicoanalítica tiene otro abordaje. No se exige que el sujeto deje de consumir como condición previa para iniciar un tratamiento, aunque si esto ocurriera, podría considerarse un beneficio adicional. El objetivo principal es que el sujeto logre, de alguna manera, reintroducir al Otro en su discurso, reconociendo que la sustancia rompe el vínculo con el lenguaje.

Desde esta perspectiva, se comienza a indagar los rincones del inconsciente tan

acallados por el consumo de tóxicos y se busca hacer tangente y visible las razones subjetivas involucradas en la adicción. Según Requiz (2000) la droga siempre cumple funciones en la economía mental del sujeto que este puede descubrir en una terapia psicoanalítica.

¿Qué podríamos decir en cuanto a la abstinencia del analista? A modo de aproximación, que consiste en no ratificar nunca la demanda del sujeto en cuanto tal. También, podría decirse que lo que Lacan (1990) define como la ética del psicoanálisis es, en esencia, una reinterpretación de lo que Freud describe como abstinencia. Esa ética exige una renuncia, ya que el analista debe estar dispuesto a dejar de lado su propio ser y evitar intervenir desde esa posición, como si fuera un Otro completo.

El psicoanalista ofrece algo de otro orden; la dirección de la cura no tiene que ver con dirigir al sujeto-paciente. Nada desorientaría más al analista que intentar reeducarlo para que abandone su consumo o buscar ayudarlo según el ideal de bienestar que prevalece en la sociedad actual. La apuesta del psicoanálisis es que la dirección de la cura no se centre en la abstinencia del paciente y su identificación al objeto de consumo, sino en una escucha que no esté capturada por el ideal. En este enfoque, el analista se posiciona como objeto-cause de deseo, permitiendo al sujeto cuestionar su consumo y posibilitando que emerja algo relacionado con la singularidad de su deseo. No se trata de intentar regular la relación del sujeto-paciente con la droga, como ocurre en las terapias mencionadas anteriormente. Por el contrario, a través de la intervención del analista, se busca que se revelen las coordenadas significantes que estructuran la vida del sujeto, permitiendo identificar el papel que la sustancia desempeña en su subjetividad, al mismo tiempo que promueve que se caiga la ilusoria certeza que el tóxico produce.

Es frecuente en el sujeto-paciente, que se manifieste una urgencia marcada por la figura del *flagelo*, concepto desarrollado por Le Poulichet (2012) en *Toxicomanías y psicoanálisis*. Éste se presenta como una entidad monstruosa que atrapa al sujeto y le impide desplegar sus recursos simbólicos y subjetivos, desvinculándolo de toda posibilidad del decir. Este *flagelo*, en la forma de la droga, paraliza al sujeto, dejándolo a merced de tratamientos que buscan eliminar la sustancia. Sin embargo, es crucial no sucumbir a la presión de lo urgente ni ser arrastrados por la demanda inmediata. Le Poulichet (2012) propone una reflexión sobre el trabajo clínico con pacientes toxicómanos, explorando cómo el montaje de lo que ella denomina *operación del farmakon*, junto con las nociones de toxicomanía de suplencia y suplemento, puede operar en distintas formaciones clínicas. Cuando algo de estos montajes cae, ahí se encuentra la pertinencia del analista, donde comienza a emerger algo en relación al deseo. La autora destaca la importancia de la especificidad de la escucha analítica, subrayando los ejes de la transferencia y la abstinencia como pilares fundamentales del tratamiento.

Para concluir este apartado, citamos a Green (2002) quien sostiene que “La teoría nunca podrá coincidir íntegramente con la clínica ni abarcar toda la extensión de su campo; la clínica nunca será una aplicación sin resto de la teoría, ni estará completamente iluminada por ella” (p.14). En este sentido, sostenemos que la relación de cada sujeto con el consumo es única y personal, lo que hace imposible establecer

generalidades válidas en este contexto o adecuarlas a un manual. Cada caso debe ser abordado en su singularidad, con una atención particular en función de cómo el consumo se juega para cada sujeto. La intervención psicoanalítica se realiza siempre en el marco de la transferencia, donde se puede producir un verdadero trabajo terapéutico.

Consideraciones finales

A lo largo de este ensayo, observamos cómo se deslizan algunas formas de

malestar que caracterizan la subjetividad de nuestra época. El discurso que predomina en nuestro días, el discurso capitalista, rechaza la creencia de sentido y se enfoca en el goce inmediato que los objetos del mercado producen. En la sociedad de consumo, el exceso, la instantaneidad y la eficiencia son valores centrales.

Esta lógica crea una fantasía de satisfacción inmediata, donde se evita la postergación de todo acto. El imperativo social de felicidad se impone, rechazando la angustia, la insatisfacción y la improductividad. El mercado busca llenarnos de objetos como intentos de negociar con la incompletud, con la falta que nos atraviesa y nos constituye como sujetos pero, a diferencia de ello, sólo logra perpetuar una búsqueda insaciable que refuerza el malestar y la alienación.

Cuando hablamos de adicciones, seguir la lógica del mercado es justamente una de las maneras que el sujeto encuentra para sobrellevar el dolor y arreglárselas con la angustia de castración. Por medio del consumo de tóxicos, encuentra una manera directa hacia el goce, una manera de eludir la falta, prescindiendo de la mediación del Otro.

Nos preguntamos ¿De qué manera se podría restituir algo del deseo en estos sujetos? Dado que a la sustancia se le adjudica cierta omnipotencia que le otorga una capacidad anestésica para evitar el dolor, al mismo tiempo que se la valora como fuente de placer y satisfacción, ofreciendo una voluptuosidad exacerbada.

Durante mucho tiempo y aun en la actualidad, algunas corrientes ponen el acento en la sustancia y en los efectos que produce. En consecuencia, estas corrientes abstencionistas buscan cancelar el consumo de la sustancia y en eso se basa la eficacia del tratamiento. La abstinencia es considerada como un buen indicio. A menudo, suele suceder, que muchos de los sujetos van a consulta con la idea de que se les saque la sustancia del cuerpo. ¿Cuál es el tipo de demanda aquí? ¿Hay algún tipo de implicación subjetiva? ¿Se trata de algo externo al sujeto?.

No siempre que un sujeto plantea un problema significa que lo esté verdaderamente problematizando. Por ello, es importante indagar su postura frente a la sustancia. ¿Se posiciona como víctima de un flagelo, viéndola como algo monstruoso que lo devora y que es la raíz de todos sus malestares, o muestra un compromiso subjetivo real? De aquí surge la necesidad de analizar el concepto de consumo problemático. ¿Para quién es problemático? ¿Para el propio sujeto, su familia, sus amigos? A menudo, para el sujeto en cuestión, el consumo no es problemático, lo que dificulta el establecimiento de la transferencia. En algunos casos, puede ser necesario comenzar a trabajar con quienes perciben el consumo del sujeto como un problema. En este sentido, debemos enfocarnos en quien realmente problematiza el consumo. Reiteramos: no se trata de un problema de sustancias, sino de sujetos.

En los apartados anteriores hemos abordado el tema de la abstinencia. ¿Es la del sujeto o del analista? El analista debe abstenerse y no ratificar la demanda de urgencia del sujeto. A partir de su intervención, intenta develar los significantes que subyacen al consumo y organizan la vida del sujeto. El estado de completud que el tóxico produce en algún momento comienza a resquebrajarse, a caerse y es ahí donde se comienza a instalar algo de la pregunta, del enigma, del deseo del sujeto. Es en este punto cuando la presencia del Otro comienza a infiltrarse en el discurso. Es importante poder introducir algo de la espera, del tiempo para que se despliegue la verdadera demanda del sujeto. Posiblemente allí, podamos comenzar a trabajar desde otro lugar, en el momento en que se comienza a vislumbrar la transferencia en el análisis.

Para finalizar, sostenemos que nuestra orientación psicoanalítica, basada en todo lo expuesto hasta aquí, nos invita a mantener en la clínica una mirada actualizada sobre los significantes que atraviesan nuestra manera de ser en sociedad y nuestro modo particular de gozar. No podemos ignorar los imperativos de la época, ni tampoco la demanda singular y aquello en lo que el sujeto encuentra su goce. La brújula del analista

se orienta hacia el alojamiento del sujeto, despertando desde su posición una orientación que siempre privilegiará la búsqueda del deseo.

- Bauman, Z. (2002). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bleichmar, S. (2010). *El desmantelamiento de la subjetividad: Estallido del yo*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Bleichmar, S. (2002). *Avatares del Progreso: Modernidad, Psicoanálisis y Cultura*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Ciancaglini, L. (2018). Goce tóxico, contrapeso del adicto. *Revista El Sigma*. <https://www.elsigma.com/columnas/goce-toxico-contrapeso-del-adicto/13378>
- Freud, S. (1996). *Pulsiones y destinos de pulsión. Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1974). *El malestar en la cultura. Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1985). *Más allá del principio del placer. Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2010). *Inhibición, síntoma y angustia. Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1972). *La sexualidad en la etiología de las neurosis. En Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A. (2002). *El pensamiento clínico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, B. (2013). *La agonía del eros*. Barcelona: Herder Editorial.
- Han, B. (2010). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder Editorial.
- Lacan J. (1977). *Psicoanálisis Radiofonía & Televisión*. Barcelona: Anagrama.
- Lacan, J. (1990). *La ética. El seminario, libro 7*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1999). *Aun. El seminario, libro 20*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2002). *El reverso del psicoanálisis. El seminario, Libro 17*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2002). *Acerca de la causalidad psíquica. Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2006). *La angustia. El seminario, libro 10*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2013). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. El seminario, libro 11*. Buenos Aires: Paidós.
- Le Poulichet, S. (2012.) *Toxicomanías y psicoanálisis, Las narcosis del deseo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- López, H. (2007). *Las adicciones. Sus fundamentos clínicos*. Buenos Aires: Lazos.
- Mater, O. (2006). Traducción de la Conferencia de Lacan en Milán del 12 de mayo de 1972. *Revista El Sigma*. <https://www.elsigma.com/historia-viva/traduccion-de-la-conferencia-de-lacan-en-milan-de-12-de-mayo-de-1972/9506>
- Miller, J. A. (2006). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. A. (1986). *Recorrido de Lacan. Ocho conferencias*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Morales H. (1998). *Caleidoscopio de la ebriedad*. España: Siglo XXI.
- Réquiz, G. (2000). *La perspectiva psicoanalítica de las adicciones*. Nueva Escuela Lacaniana, Cali, Colombia.
- Reyes, M. T. (2001). *El discurso actual y las respuestas del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Reyes, M.T. (2011). *La angustia: el acting out y el pasaje al acto. Dos modalidades clínicas de lo impronunciado*. Buenos Aires: Tres Haches.

18
19